

Escenarios mediterráneos en Cervantes: Orientalismo e hibridez cultural en *El amante liberal*³

Mediterranean scenarios Cervantes: Orientalism and cultural hybridity in *El amante liberal*

María Antonia Garcés

Recibido: 22 de Marzo 2012. Aprobado: 30 de Abril de 2012

Resumen

Esta conferencia está dividida en tres partes: en la primera haré una introducción a las *Novelas ejemplares* de Cervantes desde una amplia perspectiva dirigida al gran público de estudiantes aquí presentes. La segunda examina una de las características principales de estas novelas: la perspectiva de Cervantes sobre vidas fronterizas, situadas en el margen de la sociedad, y su interés por el 'otro', a menudo ubicado en la periferia del Imperio español. La tercera parte, desarrollada a partir del análisis de la novela *El amante liberal*, enfoca la visión de Cervantes del Mediterráneo durante el periodo moderno —es decir, durante los siglos XVI y XVII— con toda su complejidad, y el interés del autor por el fenómeno de los "renegados" —cristianos convertidos al Islam— y el cruce de culturas en los territorios del Imperio otomano.

Palabras clave: *Novelas ejemplares*; Miguel de Cervantes Saavedra; *El amante liberal*

Abstract

This lecture is divided into three parts: the first I will do an overview of the copies of Cervantes *Novelas* from a wide to the general public of students here present perspective. The second examines one of the main features of these novels: the perspective of border lives on Cervantes, located on the fringes of society, and his interest in the 'other', often located in the periphery of the Spanish Empire. The third part, developed from the analysis of the novel *El amante liberal* focused vision of Cervantes Mediterranean during the modern-it is time to say, during the sixteenth and seventeenth-with all its complexity centuries, and the author's interest by phenomenon of "rogue" - Christian converts to Islam- and crossing cultures in the territories of the Ottoman Empire.

Keywords: *Novelas ejemplares*; Miguel de Cervantes Saavedra; *El amante liberal*

En 1613, después de un largo periplo en manos de la censura estatal, salieron de la imprenta de Juan de la Cuesta, en Madrid, las *Novelas ejemplares* de Cervantes, una colección de doce novelas cortas que tuvieron un éxito inusitado tanto en España como en otros países

³. Este ensayo es resultado de la investigación que realiza la autora sobre Cervantes. Fue presentado en Cornell University. Como conferencia Inaugural: en el Congreso Internacional "Cervantes, escenarios y fronteras de la ficción". Universidad del Valle-Cali y GRISO-universidad de Navarra. Cali, marzo 20-22, 2012.

Europeos. Su autor contaba entonces con sesenta y seis años; era, pues, a todas luces, un anciano en los ojos de sus contemporáneos. A Cervantes solo le quedaban tres años de vida, pero en ese febril periplo creador llegó a dar a la imprenta el *Viaje al Parnaso* (1614), un largo poema satírico y autobiográfico; la segunda parte de *Don Quijote de la Mancha* (1615); y sus *Ocho comedias y ocho entremeses nunca representados* (1615). De igual forma, logró terminar en ese intenso periodo de producción literaria su novela más querida, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, cuyo prólogo fue firmado en su lecho de muerte el 19 de abril de 1616. En este último prólogo de su vida, “puesto ya el pie en el estribo”, Cervantes logró redactar su conmovedora despedida a sus “amantísimos” lectores: “¡Adiós gracias; adiós donaires; adiós regocijados amigos; que yo me voy muriendo y deseando veros presto contentos en la otra vida!”ⁱ Su despedida del ingenio, la risa y la invención que marcaron su vida y su obra pone de relieve su profunda conciencia de la huella que dejaría su producción literaria.

Pero retornemos a 1613, cuando Cervantes dio a la luz sus *Novelas ejemplares*. En esta época el escritor era ya reconocido en Europa como el célebre autor de la *Galatea* (1585), novela pastoril, pero, en especial, de la primera parte de *Don Quijote* (1605). Su obra maestra había tenido un éxito asombroso en España; en Inglaterra, donde Shelton tradujo la obra en 1612; y en Francia, donde comenzaba ya a ser vertida al francés. También *Don Quijote* invadió las Indias españolas. Hoy sabemos que cerca de 300 ejemplares de la primera edición partieron para América en 1605. Aunque parte del tiraje se perdió en dos naufragios, distintos ejemplares de la novela —quizá incluso varios bultos de libros— arribaron a México. Por lo demás, al menos setenta y dos ejemplares de la obra de Cervantes llegaron a Lima, al Cuzco y otros pueblos andinos, donde pronto se celebraron fiestas en las que aparecieron don Quijote y Sancho, junto con Rocinante y otros personajes de la novelaⁱⁱ.

En la primera década del siglo XVI, Cervantes tenía, pues, un numeroso grupo de *fans* o de admiradores, lectores y lectoras con quienes había establecido vínculos de sincera cordialidad desde la publicación de la primera parte de *Don Quijote*. Consciente de su

valor como creador literario, el autor declara, en el Prólogo al lector de sus *Novelas ejemplares*, que estas obras no solo son una novedad para él, sino para toda España:

Es así como yo soy el primero que he novelado en lengua castellana, que las muchas novelas que en ellas andan impresas, todas son traducidas de lenguas extranjeras, y éstas son mías propias, no imitadas, ni hurtadas: mi ingenio las engendró, y las parió mi pluma, y van creciendo en los brazos de la estampa.

De modo que Cervantes no solo reivindica aquí el fecundo matrimonio entre su ingenio y su pluma —es decir, la paternidad/maternidad de su producción literaria—sino que sugiere que el crecimiento o difusión de sus obras depende fundamentalmente de la imprenta, esa gran innovación que hizo posible la circulación de miles de libros entre diversos tipos de lectoresⁱⁱⁱ. Ahora: las novelas “traducidas de lenguas extranjeras” que menciona en este prólogo eran las obras italianas que circulaban entonces por Europa, entre ellas, las de Boccaccio, Giraldo Cinthio y Matteo Bandello. Por tanto, afirma Cervantes que las suyas no eran traducciones ni adaptaciones de relatos foráneos, sino creaciones suyas propias, originales y dignas de ser imitadas. Por ello las llamó “ejemplares”.

El significado de la palabra “ejemplar”, en relación con las novelas cervantinas, ha sido ampliamente discutido por los cervantistas. Quizá deberíamos recordar aquí la famosa frase de Américo Castro, que causó furor en otros tiempos, cuando sostuvo que Cervantes hizo uso de una “hipocresía heroica” ante la censura inquisitorial; en términos más suaves, Castro manifestó luego que el autor fue “un gran disimulador, que recubrió de ironía y habilidad opiniones o ideas contrarias a las usuales”^{iv}. Basta indicar que, pese al título de su colección —*Novelas ejemplares*— estas obras no son precisamente de catecismo: sus representaciones de raptos, seducciones, adulterios, alucinaciones y brujerías no solo desafiaron las ideologías dominantes de la España de Felipe II y de su sucesor Felipe III, sino que constituyeron atrevidos experimentos literarios que subvierten el estatuto de la ficción.

Por tanto, Cervantes sabía perfectamente que había creado algo original, y que sus novelas eran ejemplos de innovación. “Pasa raro inventor, pasa adelante”, diría después de sí mismo en su *Viaje del Parnaso*^v. Su uso del término “ejemplo” se ajusta a la definición de su contemporáneo, Sebastián de Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana o española*

(1611): “Ejemplo [es] lo que se copia de un libro o pintura, y ejemplar, el original”. Fueron *ejemplares* las novelas de Cervantes precisamente porque podían servir de ejemplo y de modelo a las nuevas generaciones de artistas españoles. Esto lo tuvo que confesar, aunque a regañadientes, el propio Lope de Vega, en su primera novela corta, *Las fortunas de Diana*, incluida en una colección heterogénea, titulada *La Filomena* (1621).

De hecho, Lope inaugura su obra con esta afirmación: “En España también se intenta, por no dejar de intentarlo todo, también [...] libros de novelas, del las traducidas de italianos, y del las propias, en que no faltó gracia y estilo a Miguel de Cervantes”^{vi}. Solo después de la muerte de Cervantes, fallecido cinco años antes, pudo Lope reconocer la ejemplaridad de las novelas cervantinas, en el sentido de que el único modelo a seguir en España —el único que Lope puede recordar y citar— es el de Miguel de Cervantes y sus *Novelas ejemplares*.

***Vidas fronterizas* [Segunda parte]**

Pero hay otro modo de ejemplaridad que quisiera destacar: más allá de su estilo ameno, y de lo nuevo y extraño de estas historias, Cervantes enfoca vidas que están al margen de la sociedad, ya sea porque han huido de una existencia cotidiana prefijada, carente de imaginación y de libertad, ya sea porque han ingresado, voluntaria o involuntariamente, en ámbitos inhóspitos y foráneos, donde los personajes enfrentan situaciones difíciles, como el cautiverio o la demencia. Alonso Quijano y su hermano menor, el licenciado Vidriera, son ejemplos patentes del interés de Cervantes por la exploración de los estados límites del alma, por el significado de la locura. Recordemos asimismo que la novelita que inaugura las *Novelas ejemplares* es *La gitanilla*, escrita en un momento en que el Estado español perseguía sin tregua a los gitanos, que vivían en los extramuros de los centros urbanos. Esta realidad histórica hace más extraordinaria la actitud de Cervantes, que lo lleva a resaltar los rasgos positivos de la gitanería y a atenuar aquellos que la infamaban, como sus hurtos y estafas.

En efecto, como ha demostrado Diana de Armas Wilson en su estudio *Cervantes, the Novel and the New World* [*Cervantes, la novela y el nuevo mundo*], entre los rasgos más significativos de la novela cervantina se encuentra la fascinación con el ‘otro’, a menudo

ubicado en la periferia del Imperio español (Wilson 85)^{vii}. Así *Don Quijote* no solo señala el eclipse de una edad heroica; también destaca el nacimiento de una nueva era mediante su incorporación de grupos marginados y culturalmente ambiguos, como los moriscos, pícaros y renegados que pueblan el universo literario de Cervantes. En ese sentido, quisiera plantear que casi todo el corpus literario cervantino comparte una situación de “frontera” en el borde exterior de la cultura occidental. Mikhail Bakhtin ya anotaba, en su estudio sobre la prehistoria de la novela, que el discurso novelesco “siempre se desarrolló en las líneas divisorias entre culturas y lenguas” y se constituyó como género a través de una consciencia multilingüe^{viii}.

Precisamente, los aplausos suscitados por el estatuto fundacional de *Don Quijote de la Mancha* han ocultado otros aspectos de la creación de Cervantes, como la hibridez cultural que caracteriza casi toda su producción literaria^{ix}. Empero, incluso su obra magna contiene muestras de un futuro soñado para la nación española: tanto la “Historia del cautivo”, inserta en la primera parte del *Quijote* (1605), como las aventuras del morisco Ricote y de su hija Ana Félix, incluidas en la segunda parte de la obra (1615), hablan de una nueva España que abandonaría su obsesión por la pureza de sangre y abrazaría abiertamente el mestizaje biológico y cultural. Este será uno de los temas que desarrollará obsesivamente su novela póstuma, *Persiles y Sigismunda*.

En su clásico libro sobre el *Persiles*, titulado *Allegories of Love: Cervantes's “Persiles and Sigismunda”* [*Alegorías de amor: El Persiles y Sigismunda de Cervantes*] (Princeton UP, 1991), Diana de Armas Wilson aborda el uso estratégico por parte de Cervantes de la antigua novela griega (*romance*) dentro de las limitaciones ideológicas de su época, así como el imperativo erótico que lleva a varios personajes a cruzar las fronteras de la diferencia. También Álvaro Bautista ha examinado con minucia la ética de Cervantes en su tesis doctoral, “*Ethos en Los trabajos de Persiles y Sigismunda. Historia septentrional*”. Finalmente, en su gran estudio sobre el *Persiles*, Michael Nerlich enfoca de manera profunda la crítica anti-imperial y anti-tridentina de la obra, lo que colocaría a Cervantes entre los disidentes de un sistema político rígido y completamente cerrado a la otredad (Spadaccini 1043-44). La apertura de Cervantes hacia los “renegados” —nombre dado por

los europeos a los cristianos que se convertían al Islam— es tema importante que he abordado en otro lugar, tema al que regresaremos en nuestro examen de su novela *El amante liberal*.

***El Mediterráneo de Cervantes* [Tercera parte]**

Hoy quisiera explorar la visión de Cervantes del Mediterráneo de fines del XVI y comienzos del XVII mediante el estudio de *El amante liberal*, novela que pretendo abordar desde un enfoque socio-político. Desde esta perspectiva, *El amante liberal* es quizá la más atrevida de las *Novelas ejemplares*. Su audacia geopolítica está parcialmente basada en su intensa articulación con el Mediterráneo oriental. Por lo demás, *El amante liberal* no solo lleva a cabo un detallado mapeo de los ámbitos limítrofes de los imperios español y otomano, sino que también pone de manifiesto el visible interés de Cervantes por las culturas del mundo turco-otomano—es decir, del Mediterráneo musulmán. Dentro de este marco, deseo considerar el rol de los personajes fronterizos que cruzan fronteras culturales, lingüísticas y religiosas entre cristianos y musulmanes. Tanto esta novela como otras obras de Cervantes subrayan el crítico papel de los renegados en las nuevas sociedades creadas en las fronteras Mediterráneas.

Con todo, hablar del Mediterráneo presenta una serie de problemas. ¿A cuál área geográfica nos referimos exactamente? ¿Es posible esbozar un contorno unitario? A la pregunta de “¿qué cosa es el Mediterráneo?”, Fernand Braudel respondía: “miles de cosas a la vez. No es un paisaje, sino innumerables paisajes. No es un mar, sino una sucesión de mares. No es una civilización, sino una serie de civilizaciones superpuestas las unas sobre otras”^x. El historiador Giuseppe Glasco, respondiendo a las sugerencias de Braudel, ha subrayado el nexo entre geografía e historia en la región mediterránea. Como para Cervantes hace ya cuatro siglos, el Mediterráneo sería un espacio en movimiento, y su historia, pero no solo en el sentido diacrónico, sino también en el sincrónico^{xi}. Durante siglos, como han sugerido algunos especialistas de los nuevos “Estudios mediterráneos”, el Mediterráneo ha sido una sucesión de fronteras, fronteras internas y externas que históricamente no fueron siempre barreras de separación, sino más bien espacio de encuentro y de contaminación.

En esa época en que la contienda entre el Imperio español y el otomano estaba en pleno furor, es precisamente Cervantes quien mejor describe la serie de conflictos y de efervescencia en el Mediterráneo de Felipe II, incluyendo la complejidad del ámbito mediterráneo. Porque el Mediterráneo abarca también a Europa, Asia, y África, como enfatiza Cervantes en varias de sus obras dramáticas y narrativas. En los siglos XVI y XVII, como todavía hoy, una multiplicidad de hombres y de mujeres atravesaban continuamente esos pasajes y cruzaban fronteras. Y pese a las guerras y conflictos sucesivos, numerosos viajeros, comerciantes, soldados y cautivos de guerra, como Cervantes y muchos otros personajes de la época, intercambiaban usos y costumbres, lenguas y creencias, mercancías e innovaciones tecnológicas o científicas, modelando un espacio marcado por la complejidad.

Como he mostrado en *Cervantes en Argel: Historia de un cautivo* (2005), la carrera militar y la producción literaria del autor de *Don Quijote* se desarrollaron en el cruce de fronteras entre el Islam y la Cristiandad en el Mediterráneo, y fueron influidos de manera fundamental por su cautiverio en el Norte de África entre 1575 y 1580. Le correspondió a nuestro gran escritor, Miguel de Cervantes, dejarnos un testimonio vital y literario de esos tiempos convulsos —que tanto se parecen a los nuestros. Su experiencia de cautivo en los baños argelinos, el hecho de no saber nunca si el día de mañana habría de llegar; su trato personal con musulmanes y con renegados o “turcos de profesión” —como se los llamaba también en la época—; su encuentro con culturas y religiones diferentes en Argel, esa ciudad multicultural a la que llegaban corsarios de diversos lugares del mundo, le brindaron la posibilidad de enfocar estos temas complejos desde una atalaya única. Juan Goytisolo ha sugerido que la experiencia del destierro fue fundamental para el autor alcafaíno: “Cervantes elaboró su compleja visión de España durante su prisión en tierras africanas, en contraposición con el modelo rival con el que contendía”^{xii}. Más importante aún: el cautiverio de Cervantes fomentaría en el autor una fascinación por el Islam y por sus heterogéneas poblaciones, afinidad que fluye, sinuosa, a través de su escenografía mental (Goytisolo 58).

A su vez, Cervantes sería el primero en describir las tribulaciones que llevaban a un cristiano a apostatar, así como la atracción ejercida por el Islam en la población cristiana de Argel. El escritor fue también pionero al explorar la situación de esos individuos que moraban literalmente en el filo de civilizaciones antagónicas. Su fascinación y preocupación por los que vivían a caballo entre dos mundos, siendo partícipes de varias culturas a la vez, es una constante a través de su obra. El gran número de renegados que aparece en la creación literaria de Cervantes, las funciones que les otorga y la destreza con que los caracteriza, todo parece sugerir su profundo interés por esas figuras ambiguas que cruzaban fronteras políticas y religiosas (Canavaggio, *Cervantes* 103; Garcés, *Cervantes en Argel* 121-24). Los renegados juegan un papel fundamental en *La historia del cautivo* y en *El amante liberal*, así como en *El trato de Argel*, *Los baños de Argel* y *La gran sultana*, comedias que retratan a “nuevos musulmanes”, incluyendo a personajes históricos.

La crítica cervantina no ha sido en general favorable para *El amante liberal*. Durante años, la obra fue caracterizada como una de las más flojas de todas las *Novelas ejemplares*, e interpretada como un ingenioso ejercicio de creación, gestado en torno a las líneas de la novela bizantina o de aventuras. Últimamente, sin embargo, esta novela ha recibido la creciente atención de varios críticos. William Clamurro, entre otros, ha examinado los detalles geográficos e históricos que sirven como telón de fondo de la historia, el sutil pero importante lugar ocupado por el renegado en la trama de la obra, así como las identidades híbridas de los personajes que recalcan el pasaje de una cultura a otra (2009). Barbara Fuchs, por su parte, ha estudiado la novela como “un espacio a la vez fluido y caótico, donde, a pesar de la división religiosa, los imperios en competencia se traslapan tanto el ámbito geográfico como conceptual” (79). Camuflada bajo la visión exótica de un confuso ambiente oriental, la novela de Cervantes funcionaría también como una crítica mordaz de una España intolerante (79).

Sin embargo, *El amante liberal* es asimismo una obra asediada por los recuerdos cervantinos. Ya en 1915, el crítico Azorín capturaba el tejido de experiencias vitales que subyace en esta novela:

Cervantes nos da en *El amante liberal* una sensación honda del mar claro y azul. El hombre que escribe estas páginas lleva en sus ojos la visión del Mediterráneo, del Tirreno, del Adriático,

Nicosia, Chipre, Corfú, Malta, ¡cómo estos nombres suenan gratamente en los oídos de este hombre nacido en el centro de España! [...] Cervantes es el primero que en nuestras letras nos ofrece una impresión de cosmopolitismo y de civilización densa y moderna. Hasta los días presentes (1915) no habíamos de encontrar en la literatura española nada parecido...

Situada en el Mediterráneo oriental, *El amante liberal* es posiblemente, desde una perspectiva ideológica, la más atrevida de las *Novelas ejemplares*. Su audacia geopolítica está parcialmente basada en su intensa articulación con el Mediterráneo musulmán, y su desarrollo a lo largo de las fronteras de dos imperios enfrentados. La escena inaugural enfatiza estos aspectos: en ella, un cautivo anónimo se lamenta de su amargo destino como prisionero de guerra ante las murallas derrumbadas de Nicosia, Chipre, la más lejana posesión de los venecianos conquistada por los turcos en 1570. Justamente, el ataque de los otomanos a Nicosia, Chipre, en julio de 1570, desembocaría en la derrota de la ciudad frente al asedio de las armadas otomanas en septiembre de ese año. Finalmente, el puerto de Famagusta, último bastión veneciano en la isla, se entregó en agosto 5 de 1571, escasamente dos meses antes de la Batalla de Lepanto (octubre 7 de 1571), en la que Cervantes participaría como soldado en las armadas de Felipe II.

De hecho, apenas se inicia la novela, aparece un guapo joven “turco” que sale de una tienda de campaña para juntarse con el decaído cautivo, tratándolo como su amigo y exigiéndole que le cuente sus pesares: “así te ruego, por lo que debes a la buena voluntad que te he mostrado y por lo que te obliga ser ambos de la una misma patria, y habernos criado en nuestra niñez juntos, que me digas que es la causa que te trae tan demasíadamente triste” (I, 138-30). El misterioso personaje, por tanto, parece adivinar una causa más profunda para la tristeza del protagonista de esta obra, ya que asegura que aunque “la [causa] del cautiverio es bastante para entristecer el corazón más alegre del mundo”, imagina hay corrientes más profundas bajo sus desgracias (I, 139). El misterio de la extraña relación entre el cautivo cristiano y el que parece ser “turco de profesión”, así como la verdadera identidad de este último personaje, no se revela jamás en la novela. Lo único que percibimos como lectores es que los protagonistas son sicilianos y que, por tanto, son sujetos de la Monarquía Hispánica, ya que el Reino de Sicilia en el periodo moderno pertenecía al Imperio español. También observamos que los personajes son amigos íntimos, gracias al modo en que se

dirigen el uno al otro: “¡Oh, amigo Mahamut!” y “¡Oh, Mahamut, hermano!” le dice el cautivo a su interlocutor turco (I, 140).

Es este turco, sin embargo, quien establece el marco temporal de la narración, al explicar que Nicosia fue capturada por las armadas otomanas aproximadamente dos años antes, lo que sugiere que la acción narrativa ocurre en torno a julio de 1572. Así que Cervantes tiene especial cuidado en establecer el contexto histórico de la novela, en el que la captura de Chipre y los conflictos entre cristianos y musulmanes en el Mediterráneo oriental juegan un papel crucial. Resulta extraño, por cierto, que Cervantes se abstenga de mencionar la Batalla de Lepanto (1571), la última de las grandes batallas marítimas en la historia mediterránea en la que participaría como soldado, batalla precisamente impulsada por la caída de Chipre ante los turcos-otomanos en 1570.

Lepanto, donde Cervantes luchó heroicamente con las fuerzas de la Liga Santa, sangrienta batalla donde fue severamente herido, perdiendo el uso de su mano izquierda, fue una fuente de orgullo para el autor durante toda su vida y un tema recurrente en su producción literaria. Su meticulosa descripción de un marco histórico preciso para su novela, y, a la vez, la elisión de este magno evento, sugiere las complejidades de este texto que se aproxima y se aleja simultáneamente de las imágenes de la batalla en un tenso juego de escondrijos tejido en torno a las memorias de este evento traumático.

En vez de enfocarse en Lepanto, entonces, la narración se lanza a un extenso salto geográfico, girando hacia una escena retrospectiva en Trapani, Sicilia, donde los protagonistas Ricardo y Leonisa fueron capturados tiempo atrás por corsarios turco-berberiscos —es decir, por corsarios de Berbería, en el norte de África. El secuestro ocurre en medio de una brutal confrontación entre Ricardo y su presunto rival, Cornelio, por el amor de la desdeñosa joven heroína. Tempestades, naufragios, y muertes asombrosas suceden tras la captura de Ricardo y Leonisa a través de una larga travesía que alcanza la isla de Pantelería, en el Estrecho de Sicilia, donde el botín humano es repartido entre los corsarios y la pareja cautiva, separada. Después de zarpar de nuevo, sin embargo, las galeotas turco-berberiscas se ven envueltas en una furiosa tempestad que destroza uno de los navíos contra las rocas de una isla, mientras que Ricardo, horrorizado, observa la escena

desde su nave, creyendo que Leonisa ha muerto. Al mismo tiempo, resume la terrible tempestad y el barco que lleva a Ricardo, se desplaza vertiginosamente por el Mediterráneo occidental, pasando a la vista de Trapani y Palermo, en el noroeste de Sicilia, volando por el faro de Messina, sin poder parar su carrera loca por el mar embravecido. Los corsarios y sus prisioneros finalmente llegan a Trípoli, en el norte de África, “cansados, hambrientos y fatigados ante tan largo rodeo, como fue bajar casi toda la isla de Sicilia” (I, 153) —le cuenta Ricardo a su amigo Mahamut.

Es importante mencionar en este contexto la reaparición en *El amante liberal*, de la recurrente tempestad que revive la propia captura de Cervantes por corsarios argelinos en la galera Sol, en 1575, y la aterradora tormenta asociada con esta experiencia, escena repetida como una fuga con sus variaciones en una secuencia de ficciones cervantinas. El hecho de que la trama recrea la tempestad descrita en *La Galatea*, pero en una versión más cauta que inmediatamente se convierte en ficción, sugiere que *El amante liberal* podría ser una creación posterior. Como he sugerido en otro lugar, la evolución gradual de los testimonios de la experiencia traumática en la obra de Cervantes demuestra que estas declaraciones tienden a volverse cada vez más difusas y entretejidas con su ficción mientras se repiten reiteradamente en su producción literaria (Garcés, 2002).

Pasemos revista ahora a la trama de *El amante liberal*. Al llegar a Trípoli, muere Fetala, el amo de Ricardo, y el cautivo es legalmente apropiado por el Pachá de Trípoli, quien será pronto nombrado gobernador de Chipre, hacia donde zarpan en pocos días. De aquí en adelante, la acción tendrá lugar en Chipre y en el Mediterráneo oriental, mientras que el cautivo Ricardo evoca su antigua vida en Sicilia, su amor por Leonisa, supuestamente fallecida en el naufragio descrito anteriormente, y el ataque corsario que cambió sus vidas abruptamente. Su melancolía en torno al fatal destino de su amada, sin embargo, no obstruye su insaciable curiosidad en relación con las costumbres y cultura turcas, ilustradas en detalle por su amigo de infancia Mahamdu [Mahmud], un siciliano que finalmente revela ser un renegado, es decir, un cristiano apóstata o un converso al Islam. Regresaré a este tema en seguida.

La trama de la novela se complica con la reaparición de Leonisa, que emerge como cautiva, vestida como una mora de Fez, en Marruecos, con un exquisito vestido descrito en detalle por el narrador de Cervantes. La ocasión para esta aparición deslumbrante es la ceremonia de instalación del nuevo gobernador de Chipre, Hasan Pachá, recién llegado de Trípoli en Berbería. Leonisa es ofrecida en venta por un mercader judío, mientras que el gobernador entrante y el saliente Hasan y Ali Pacha, se disputan la posesión de la hermosa esclava. Finalmente interviene el Cadí, anunciando que él personalmente le entregará la esclava al Sultán en Constantinopla, como regalo. Sin embargo, también enamorado, el Cadí planea quedarse con la cautiva. Su plan implica matar a su esposa Halima, renegada griega, durante el viaje a Constantinopla, haciendo creer que la muerta es Leonisa. Ayudado por Ricardo y Mahamut, quienes tienen sus propios planes secretos, el Cadí zarpa para Constantinopla, pero es asaltado en alta mar por corsarios cristianos. Por cierto, los agresores son Alí Pacha y Hasan, con sus genízaros o soldados turcos, quienes se han disfrazado de cristianos para capturar a Leonisa. Para resumir la historia, sigue una batalla entre los falsos cristianos y los turcos verdaderos, que se matan entre sí, mientras que los cristianos reales (los sicilianos y sus amigos) se escapan y llegan a Sicilia con los renegados, que finalmente deciden retornar a la Iglesia y a la Cristiandad.

A pesar de sus asombrosas aventuras y extraordinarias coincidencias la compleja trama de *El amante liberal* traza una geografía definida del Mediterráneo occidental y oriental, así como los intensos conflictos entre musulmanes y cristianos en estos ámbitos fronterizos. La novela fluctúa entre dos ejes geográficos: el reino español de Sicilia, frontera entre las provincias otomanas del norte de África y los dominios de los Habsburgo en Europa occidental, y la isla de Chipre, último enclave de los venecianos en el Mediterráneo del este, y encrucijada de civilizaciones, donde turcos, griegos, judíos y renegados se mezclan con esclavos cristianos. Los constantes desplazamientos de los protagonistas de un lado a otro del Mediterráneo, en *El amante liberal*, se equiparan con los continuos intercambios entre musulmanes y cristianos en los márgenes de ambos imperios. Como planteó el recordado estudioso de Cervantes, Carroll B. Johnson, en su lectura de esta novela: Todas las líneas divisorias oficiales entre religiones antagónicas, etnicidades, soberanías nacionales y rivalidades internacionales, son sistemáticamente subvertidas por un estrecho e interdependiente sistema económico, dirigido por individuos que tenían lazos en ambos lados de estas fronteras(133).

Esos individuos que “tenían lazos en ambos lados de esas divisiones” son representados por el cautivo Ricardo y su amigo el “turco” Mahmud. No deja de ser significativo que ni

Ricardo ni el narrador de la novela jamás mencionan el hecho de que Mahmud es un renegado. Esta información es sutilmente aplazada por Cervantes o por su narrador durante el curso de la narración, dejando que sea el propio Mahmud quien alude oblicuamente a su conversión al Islam y, luego, a su posterior arrepentimiento por esta decisión. No obstante, otros personajes de la novela lo llaman el “renegado del Cadí”. En efecto, la palabra “renegado” no emerge en esta obra hasta que Ricardo cuenta a Mahmud su captura por los corsarios turco-berberiscos en Trapani. Aquí, el término “renegado” surge en relación con un corsario griego llamado Yusuf, que era el principal *ra'is*, o capitán corsario de una de las galeotas berberiscas que capturó Ricardo en Sicilia (I, 172). Por lo demás, la apostasía de Mahmud y su conversión al Islam no parecen alienar a su amigo Ricardo, que aparenta aceptar esta situación como una ocurrencia común en las fronteras mediterráneas. Los lectores entonces tienen que decidir por su cuenta, cómo, por qué y cuándo Mahmud abandonó el cristianismo y llegó a Chipre; si su apostasía fue una respuesta a un posible cautiverio, o si su decisión de volverse “turco de profesión” fue una determinación acelerada y de conveniencia, como el propio personaje parece sugerir entre líneas.

La aparición de Mahmud en esta obra recuerda la del renegado que surge en la narración autobiográfica por excelencia de Cervantes, la *Historia del cautivo*, interpolada en la primera parte de *Don Quijote* (1605). De la misma forma, la presencia de Mahmud en *El amante liberal* es crucial, no solo como el facilitador que sirve como interlocutor de Ricardo y le permite contar su historia, sino como el mediador que organiza el encuentro de los amantes durante su cautiverio en Chipre, o su huida espectacular que les permite regresar a Sicilia. Mahmud, además, es un doble del protagonista Ricardo, de modo que podríamos llamarlo “su otro yo”, así como denominaríamos al *alter ego* de Cervantes, el autor arábigo de *Don Quijote*, Cide Hamete Benengeli.

En las sociedades fronterizas que hemos venido describiendo, tales tratos entre cautivos y renegados eran comunes. Bono plantea que, pese a su apostasía y a su adopción de un nombre islámico, muchos renegados mantenían relaciones con la patria de origen y con la parentela: enviaban subsidios y regalos, intervenían con su autoridad a favor de familiares o amigos y desarrollaban buenos negocios en tierras cristianas (*I corsari* 6). Este fue el caso

de Hasan Veneciano y de Osta Morat Genovés, entre otros gobernantes otomanos en Berbería. Hasan, cuyo nombre cristiano era Andrea Celesti, fue capturado por el corsario Dragut, en 1563, cuando servía de escribano en una galera ragusea. Ascendiendo rápidamente al lado de Alūj Ali, Andreta (diminutivo de Andrea) se convirtió al Islam y tuvo gran éxito como corsario y funcionario público, llegando a ser pachá de Argel en 1577 y en 1582. Cervantes lo describe con maestría: “Un renegado veneciano que, siendo grumete en una nave, le capturó el Uchalí, y le quiso tanto, que fue uno de los más regalados garzones suyos, y él vino a ser el más cruel renegado que jamás se ha visto. Llamábase Azán Agá, y llegó a ser muy rico, y rey de Argel” (*DQ I*, 40).

Eventualmente, Hasan obtendría el cargo de *kapudanpaşa* o almirante de la armada turca, en 1588. Como otros renegados de origen italiano, Hasan mantenía relaciones estrechas con la comunidad veneciana de Estambul y con su propia patria, a la que envió miles de ducados durante su carrera. En contraprestación, Hasan favorecía los intereses de los venecianos. El mismo renegado enfatizaba sus raíces autóctonas al decir que: “Había nacido veneciano [y] no podía olvidar a su patria” (Dursteller124).^{xiii}

Hasan, en fin, era un hombre de dos mundos. Por un lado, era un temido corsario y comandante de las fuerzas navales otomanas, cuya conversión al Islam puede haber sido pensada desde una posición política.^{xiv} Por otro, pese a su renuncia al cristianismo y a su larga ausencia de Venecia, Hasan reconocía sus raíces venecianas. Su identidad proteica, que mezclaba elementos venecianos, otomanos, musulmanes y familiares, recuerda a otros personajes descritos por el embajador Imperial Ogier de Busbecq, en Estambul, como un “griego italiano, es decir, tanto por su nacimiento como por sus maneras, medio griego y medio italiano” (Dursteller 104).^{xv} La complejidad multicultural del Mediterráneo en los siglos XVI y XVII que Cervantes describe magistralmente evoca el tipo de identidad compuesta de la posmodernidad, sugerida por las categorías actuales “unidas por guión” de “italo-americano”, “afro-americano” y “judío-americano”, entre otras. Estas perspectivas recuerdan las intrincadas identidades de ciertos personajes de Cervantes — como en *La española inglesa* y en *La gran sultana*.

Tales ejemplos, incluyendo el del renegado murciano Maltrapillo, immortalizado por la pluma de Cervantes en la *Historia del cautivo*, sugieren que estos personajes inquietantes, transformados en la misma imagen de la frontera humana, no siempre fueron vistos como traidores por sus paisanos y antiguos correligionarios. Esto solo ocurría cuando combatían contra sus compatriotas, o cuando guiaban expediciones corsarias a su lugar de origen, como en el caso del renegado “malo” Yusuf, asesinado por el “bueno” Hazen en *Los baños de Argel*.

Sin duda, *El amante liberal* esconde un arriesgado programa político. El texto oscila entre una rigurosa historicidad y una explosión de creatividad que gira en torno a dos grandes temas: el cautiverio y la hibridez cultural, en un juego de revelaciones y ocultamientos que destaca las polifacéticas identidades de las sociedades fronterizas mediterráneas. En este texto de Cervantes, sin embargo, el cautiverio pierde su acento trágico para ser reemplazado por el papel central concedido por el autor al renegado Mahamud, quien domina la exposición narrativa y lidera el desenlace fantástico de la novela. El hecho que los cristianos en esta obra se vistan continuamente como “turcos” o como moros enfatiza la porosidad de las orillas entre el Islam y la Cristiandad en el Mediterráneo de Cervantes, así como la secreta vena orientalista que fluye sinuosa bajo el texto del autor alcalaíno.

i. Cervantes, “Prólogo al lector”, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, ed. Carlos Romero Muñoz, Madrid: Cátedra, 1997, p. 49.

ii. Irving A. Leonard, *Los libros del conquistador*, Introducción de Rolena Adorno, traducción Mario Monteforte Toledo, Gonzalo Velorio Morayta y Martí Soler, México: Fondo de Cultura Económica, 2004, pp. 357-395.

iii. Nicholas Spadaccini, “Metaficción, inscripción y crítica socio-cultural en Cervantes”, en *USA Cervantes. 39 Cervantistas en Estados Unidos*, ed. Georgina Dopico Black y Francisco LaínaRanz, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Ediciones Polifemo, 2009, pp. 1033-1060.

iv. Américo Castro, *El pensamiento de Cervantes*, p. 240.

v. Miguel de Cervantes Saavedra, *Obra completa III, Ocho comedias y ocho entremeses, El trato de Argel, La Numancia, Galatea, Viaje del Parnaso, Poesías sueltas*, Ed. de Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas, Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, ¿), p. 1236.

vi. Citado por Juan Bautista Avalle-Arce, Ed., Introducción a Cervantes, *Novelas ejemplares*, 3 vols., Madrid: Castalia, 1985, I: pp. 17-18.

vii. Cf. Juan Goytisolo (1982) y Diana de Armas Wilson (1994). Wilson explora la obra de Cervantes desde la perspectiva de la hibridez cultural y lingüística. La cita es de la p. 85. Mary Ann Doody también señala “la tendencia de la novela a representar mezclas internacionales y a juntar a gentes de diferentes razas y culturas” (210). Asimismo, en su edición de novelas griegas antiguas, Stephens y Winkler proponen que la “fascinación con el ‘otro’ puede encontrarse en el corazón de la forma de la novela, o en alguna parte a lo largo de su periferia” (18). Todas las traducciones en este ensayo son mías.

viii. A pesar de su reconocimiento de una consciencia multilingüe en el mundo helenístico, Bakhtin se niega a dar el nombre de “novela” al “discurso pre-novelesco de la antigüedad”: el mundo antiguo, concluye, “no logró generar formas y unidades que eran adecuadas para el individuo y su vida” (Bakhtin 10).

ix. Me refiero, especialmente, a la conocida aseveración de Foucault en *Las palabras y las cosas*, acerca de *Don Quijote* como la “primera obra de literatura moderna”.

x. F. Braudel, *El Mediterráneo. El espacio y la historia de los hombres y la tradición*. Milán: Bompiani, 1987, p. 7.

xi. Giuseppe Gallaso, “El Mezzogiorno di Braudel”, *Mediterranea. Ricerche storiche*, 10, agosto 2007, p. 211 (online en: www.mediterranearicerchestoriche.it).

xii. Juan Goytisolo, *Crónicas sarracinas*, Barcelona: Ruedo Ibérico, p. 61

xiii. Cuando los galeones venecianos encontraban un escuadrón turco en el Mediterráneo, debían ofrecer un presente al comandante del mismo. Hasan Veneciano causó gran asombro cuando, al toparse con una nave veneciana cerca de Zante, en 1588, no solo renunció a este derecho sino que brindó “refrescos” a los pasajeros y marineros. Mientras que los venecianos insistían en ofrecer algunas telas, como regalo, a los comandantes otomanos, Hasan se mostró reacio a aceptar el presente (A. S.F., *Mediceo del Principato*, busta 308, f. 655, 23 abril 1588); citado por Tenenti 29.

xiv. Pese a informes del agente español Francisco Gasparo Corso acerca del cinismo religioso de Hasan, cuando una hambruna azotó a Argel en 1579, muriendo alrededor de unos 5.000 moros y alarbes pobres, el bey quemó públicamente tres imágenes cristianas (Haedo I: 158-59). Con este gesto, restableció la identidad islámica de la urbe corsaria en una recreación de la destrucción, por parte de Mahoma, de los ídolos en la Meca (Hess 178-79).

xv. Dursteller (123-25) ofrece una vívida imagen de Hasan y de otros renegados en Constantinopla. Fabris brinda amplios datos sobre el personaje, tomados de los informes de los embajadores venecianos.